

ERMUA

El término municipal de Ermua, de extensión reducida, se asienta en un valle muy estrecho, formado por las elevaciones del Urko-Azpe y Uretamendi que, especialmente este último, descienden bruscamente sobre el río Ego.

Esta situación ha condicionado históricamente la extensión de esta villa fundada hacia 1297 con la doble intención de reforzar la frontera con la vecina Guipúzcoa y afianzar una vía tradicional, un camino viejo que es posible que formara parte de una de las rutas jacobeanas de Bizkaia, como parece atestiguar la advocación de su iglesia parroquial.

Lo reducido y abrupto de su territorio y las buenas condiciones hidráulicas del río Ego empujaron a su población a dedicarse secularmente a actividades protoindustriales, fundamentalmente a las relacionadas con el hierro —de ahí su denominación clásica de «villa ferrería»—. Ermua quedaba así englobada en una más amplia zona de vocación metalúrgica, que incluye a las villas guipuzcoanas de Eibar, Elgoibar, Mondragón...

Su mayor auge corresponde a la época moderna (siglos XVI a XVIII), de lo que son testigos los pocos elementos patrimoniales conservados. Los conflictos de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que paralizaron su industria, y especialmente la Guerra de la Convención, con el incendio de la mayor parte de la villa, son causas fundamentales para explicar esta escasez. También el incontrolado «desarrollo» y consiguiente transformación de los últimos 25 años han contribuido a la pérdida de otros monumentos y han dado lugar a la fisonomía actual de Ermua, de grandes bloques de viviendas, propios de una población dormitorio cuyos habitantes trabajan en su mayor parte en la vecina localidad de Eibar.

Hablando ya propiamente del patrimonio, hemos de decir que lo poco que conserva es notabilísimo. El elemento histórico más antiguo es un hacha prehistórica de piedra, encontrada fuera de contexto al construirse unas viviendas, en una zona situada cerca del casco urbano.

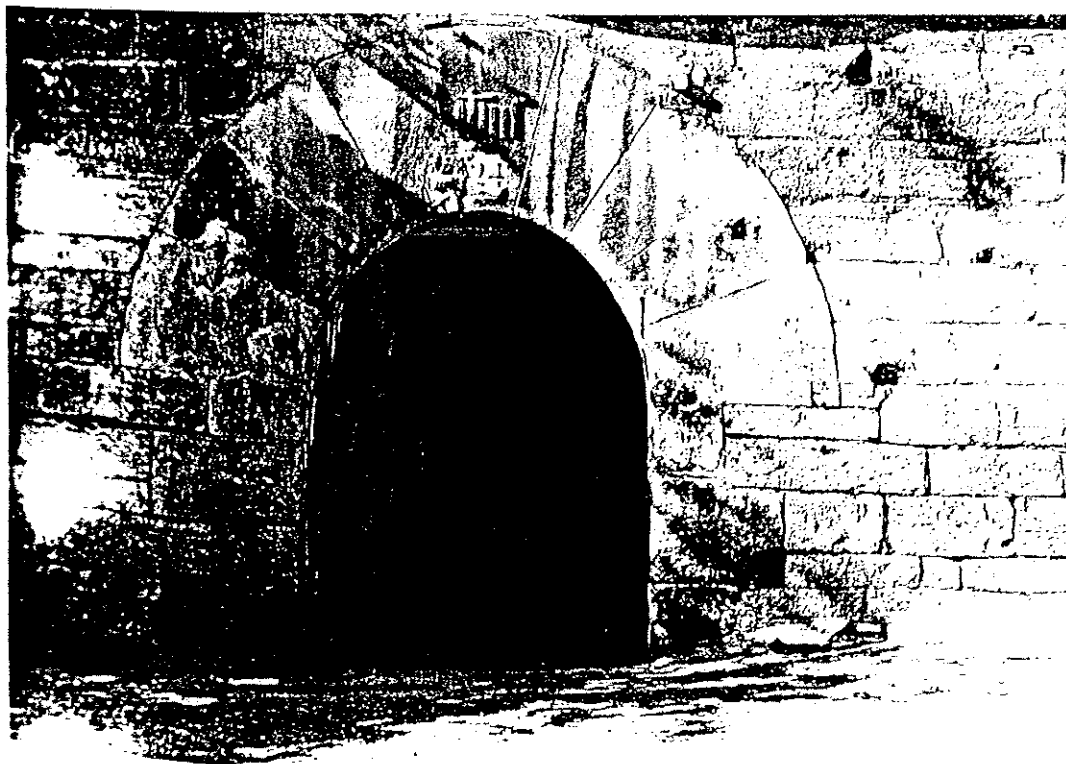
Nada más conocemos anterior a la fundación de la villa. Esta ordenaba su caserío según un sencillo plano de bastida, el tradicional en las ciudades góticas: dos cortas calles paralelas (marqués de Valdespina y Erdikokalea) que eran atravesadas ortogonalmente por un cantón (plazuela de Santiago). La nueva puebla se dispuso sobre el camino que conducía a Guipúzcoa, que se convirtió en su calle principal (Marqués de Valdespina), condicionando posteriormente el crecimiento de las demás.

Este casco se hallaba encerrado dentro de un perímetro murado en el que se abrían cuatro puertas —a fines del XVIII aún se conservaban las dos del lado occidental—. El río, como en tantos otros casos, cumplía la función de foso natural al Sur de la población.

Los incendios —en 1794 el provocado por las tropas francesas de la Convención destruyó 76 de las 84 casas de la villa— y la constante sustitución de unas construcciones por otras más modernas han impedido que lleguen hasta nuestros días las primitivas casas de Ermua. Pero éstas han dejado huella en la estrecha parcelación de algunas zonas del núcleo antiguo (Marqués de Valdespina n.ºs 4, 6; Erdikokalea n.ºs 3, 4, 6, 9, 17).

Poco tardaría la población en rebasar estos estrechos límites, dando lugar a una tercera calle, la actual plaza Cardenal Orbe —hoy parcialmente transformada en un amplio espacio abierto—, y su continuación a través de Goienkalea, en la que se alzó en el XVI el monumental palacio Loviano. Los tres viales así desarrollados convergerían en la salida hacia Guipúzcoa, en la calle Izelaieta, también poblada en el siglo XVI. Menos éxito parece haber tenido el intento de ensanche en dirección a Durango y al resto de la cuenca del Ibaizabal, reflejado tan sólo en Torreta (Avenida Vizcaya, n.º 25).

Y es en este reducido espacio que podemos denominar casco antiguo donde se han conservado algunos elementos de más que notable calidad. Cronológica y estilísticamente hemos de comenzar el análisis por el mencionado Torreta, una construcción de pretensiones palaciales que, en consecuencia, jerarquiza claramente sus alturas y huecos. Se trata de un edificio cuadrangular, aparejado en sillarejo calizo. Su planta baja, una cuadra o bodega, se abre al exterior a través de dos ventanitas adinteladas y un ingreso en medio punto de amplio dovelaje que presenta en su clave, en letras góticas el anagrama IHS.



Torreta (Ermua). Como tantos otros edificios vizcaínos, combina sin ningún problema elementos medievales y modernos: aquí, en el ingreso bajo, un arco renacentista en medio punto de prolongadas dovelas, sin duda posterior a 1510, presenta en su clave el anagrama IHS escrito en letras góticas.

Casa Zarra (Ermua). El espolón que lleva la casa renacentista de la izquierda acaso quiera significar intención castrense, o acaso cortafuegos. La de la derecha es una interesante casa barroca del siglo XVIII apenas comenzado, con tarjetón de hojarasca en el dintel, que puede ser relacionada con tracistas guipuzcoanos.



El piso noble, por su parte, cuenta con un acceso independiente, lateralizado, de similares características al anterior, al que se llega a través de un patín. Este debió de estar cubierto por un tejazoz que apeaba sobre columnas, una de las cuales aún se conserva su fuste facetado y las molduras de su basa hablan bien a las claras del estilo Reyes Católicos. Ya en la fachada principal, tres ventanas adinteladas —una de ellas en un añadido lateral del edificio— conforman una galería que es evidente reflejo de la función eminentemente residencial de la construcción, además de permitirnos relacionarla con otros edificios coetáneos, como las torres de Lariz, en Durango, de Lekue, en Galdakao, etc.

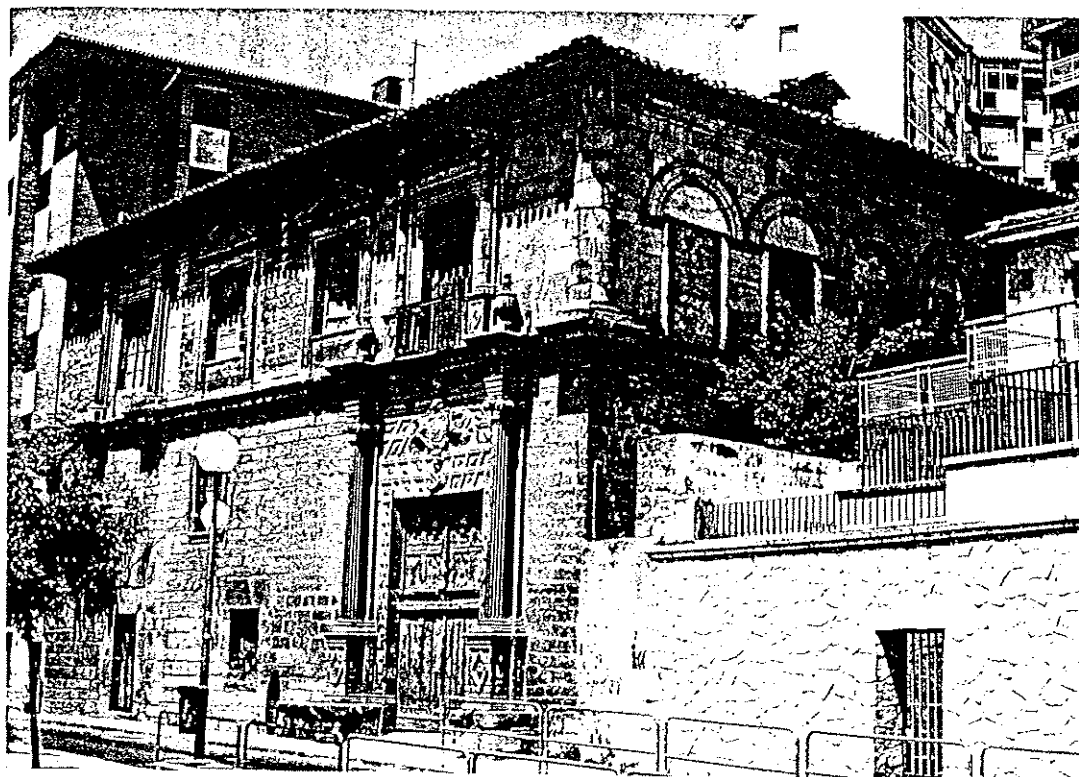
Torreta ha conocido diversas ampliaciones. Si el anexo lateral no rompió apenas su imagen —aparejo similar, hueco idéntico...—, el posterior recrecimiento, a base de entramado de madera relleno de ladrillo, la desvirtúa bastante.

Esos comienzos del siglo XVI están también representados, como se ha dicho, por la base del campanario parroquial, que sobrepasa la altura del tejado. Es de sillarejo, y ha perdido su primera «sala» de crucería. Sería un elemento con capacidad defensiva en un lugar estratégico de la villa.

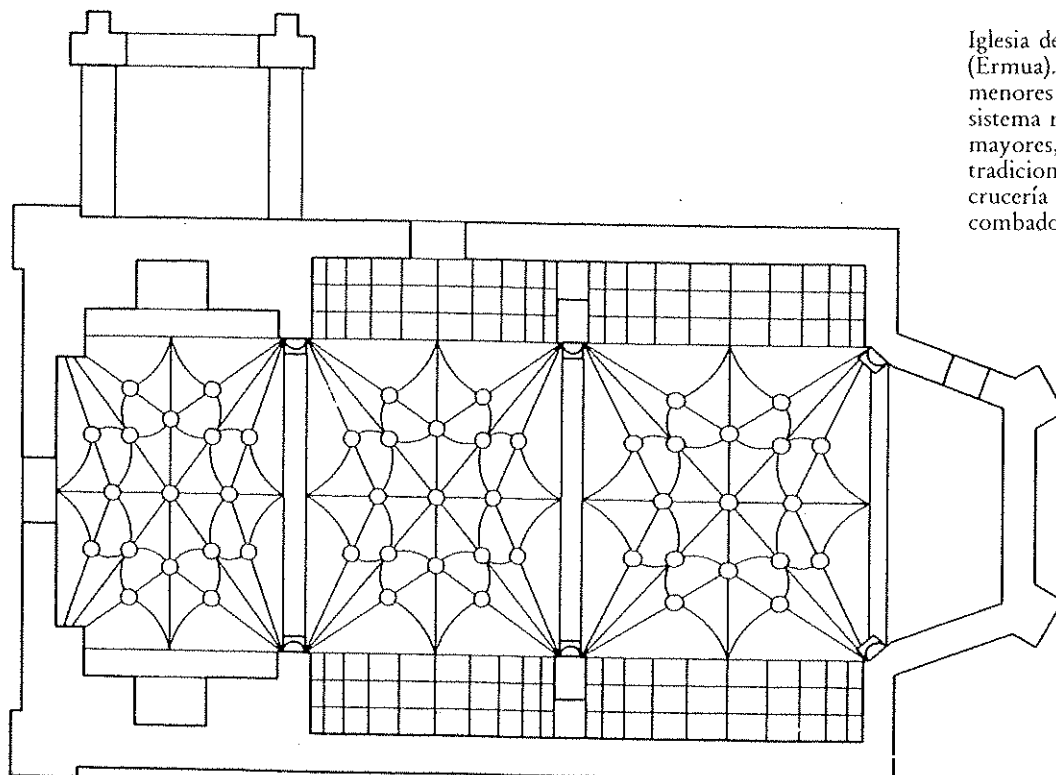
Otras dos muestras, aunque distintas y de desigual calidad, quedan del renacimiento: la parte inferior del n.º 12 de la calle Izelaieta (Casa Zarra) y especialmente el Palacio Loviano, con una magnífica portada plateresca.

Loviano es una de las máximas aportaciones de Bizkaia a la arquitectura residencial renacentista. Es un palacio informadísimo de la moda de finales del siglo XVI, del manierismo versión «italiana», promoción de un hombre poderoso y culto que no podría negar a pensar que caería el edificio en un abandono como el que sufre desde hace mucho tiempo.

Es una masa compacta, asomada a la calle en dos alturas que se perforan por vanos adintelados cubiertos con frontones y por un acceso adintelado entre columnas que tienen retropilastras; además, lateralmente, hacia Mediodía, sobre un callejón o jardincillo.

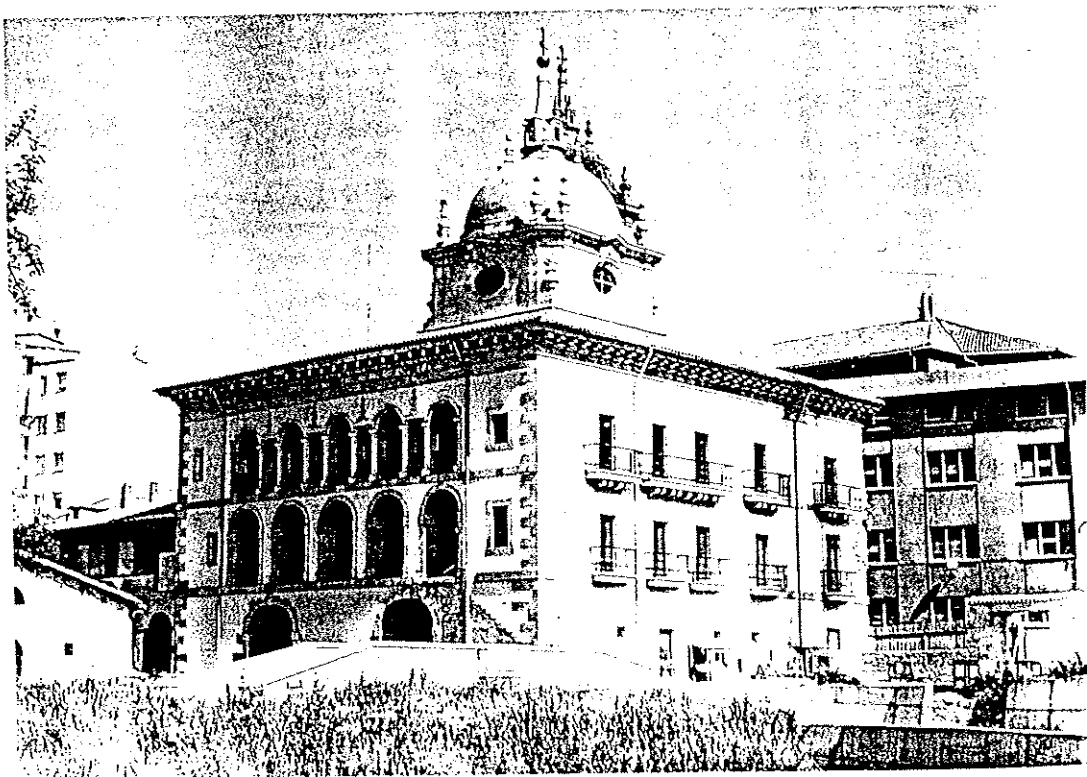


Palacio de Loviano (Ermua). Ha recibido incontables agresiones, de paso del tiempo y del medio urbano, pero ninguna ha podido borrar el espíritu noble y vivo del edificio que tiene en su acceso lo más destaca de todo el exterior.



Iglesia de Santiago (Ermua). Las capillas menores prefieren el sistema reticulado; las mayores, en cambio, la tradicional bóveda de crucería de terceletes con combados

Palacio de Valdespina
(Ermua). Recién
restaurado y
acondicionado para Casa
Consistorial, su linterna y
cúpula susciben los
perfiles de la torre
parroquial. Realizóse todo
bajo un diseño común de
Sebastián de Lecuona
(1729).



hay una *loggia* de arcos de medio punto con molduras fileteadas, cita residencialista muy destacada.

Dentro de lo más importante que tiene está la rica y culta decoración de casetones del ingreso, con figuras de héroes y sobre todo con esa sorprendente versión del Scevola, tocado a la manera de Carlos V. El virtuoso caballero promotor Don Francisco de Loviano fundó en 1594 un convento de monjas Dominicas con la advocación de Santa Margarita, que un siglo después sería abandonado, prefiriendo las monjas la oferta de Láziz en Elorrio. A su poder unía la virtud y ese será el mensaje de la portada del palacio.

Unos años después de construirse el palacio de Loviano se comenzó la refacción de nueva planta de la iglesia de Santiago, salvando tan sólo la torre antigua. Es el más feliz ejemplar vizcaíno de iglesia renacentista de una nave con capillas hornacinas altas. Iniciadas las obras al cambio de siglo, en 1602, estaban paradas en 1620 y en precario, protegidos los muros —aún faltaba parte de uno de ellos— con tejavana. Por entonces se cubrió el ábside y el primer tramo a base de crucería con combados y claves labradas con relieves romanistas. El resto tardaría más de cien años en abovedarse, gracias a un generoso legado de Don Andrés de Orbe y Larreátegui, arzobispo de Valencia. El tracista Sebas-

tián de Lecuona (1729) y su sucesor Joseph de Zuaznábar fueron exquisitamente respetuosos con lo antiguo e imitaron el techado en los otros dos tramos poniendo sobre las hornacinas una bonita bóveda de casetones con margaritas y rombos, de viejo patrón clasicista.

Donde dieron rienda suelta a su barroquismo fue en las capillas del bajo coro, con gruesa decoración de hojarasca, placas rocallosas, escudos, etc... En 1742 aún quedaba mucha obra pendiente en la iglesia, aplicándose el legado con algunas dificultades.

En esa circunstancia se hizo también el campanario, que forma un estupendo *pendent* con la cúpula del palacio de Valdespina, que está enfrente.

Esta mansión es un ejemplar descollante en todo el País Vasco. En medio de una huerta dividida en dos por un riachuelo, el mecenas Orbe mandó construir un palacio espectacular, organizado en torno a un espacio central para ventilación y comunicación de los pisos que se cubre con una cúpula sobre pechinas, caso más que raro en Bizkaia, donde lo habitual es la compacidad. A esta originalidad hay que añadir la riqueza de la fachada que se orienta hacia la calle, con accesos y dos filas de balcones pródigos en molduraje y en guarnición muy variada, lo mismo que el cornisamiento. La fachada zaguera recoge el sistema de *loggia* de dos pisos, o tres si se quiere, porque la planta baja también se abre a la ribera; es, en resumen, una solana vividera bellísima a Poniente. El paso a la huerta era —en la actualidad está desmontado— por una escalera tipo patín, y el río se salva por una puentecilla de dos arcos que ahora se restaura, una parte más de este formidable conjunto, donde el término «barroco» puede emplearse sin reticencias.

Al mismo equipo de Lecuona-Zuaznábar confió también el arzobispo Orbe su palacio (1729), falleciendo el primero bastante antes de acabarlo. El campanario de la iglesia y algunos muebles de su interior, como el retablo mayor y el órgano, demuestran de sobra la unidad de proyectos, revelándose Orbe como un verdadero mecenas que permite, incluso, que el cuerpo de su arquitecto ocupe el lugar que tenía para su propia sepultura en la iglesia de Santiago.

Algo más antiguo que Valdespina es el segmento central de «Casa Zarra», un edificio con los vanos adintelados muy bien ordenados, con balcón sobre el acceso defendido con hierros de comienzos del siglo XVIII, cronología que certifica también la decoración del tarjetón del dintel, así como los escudos.

Generosa guarción de vegetales lleva el blasón de la casa de enfrente, en Goienkale n.º 2, llamada de Eizaga-Echabarría, fechado en 1717.

Esto es lo principal que se salvaría en la quema de 1794, junto con unas casas situadas al inicio del camino hacia Zaldívar, a la izquierda, que llevan los números 19 y 21, muy sencillas ambas.

La destrucción de Ermua debió obligar a una inmediata reconstrucción casi integral, pero de este momento recuperador también han desaparecido muchos elementos. Se ubican a lo largo de las calles antiguas; los segmentos más largos están en Erdikokalea, n.º 3,

7 y 9, alguno guardando una parcelación antigua, y en su correspondencia hacia la plaza, donde se crea un ambiente urbano bastante agradable a pesar del predominio de los volúmenes de los inmuebles modernos. Al lado Norte de la plaza hay también alguna casa neoclásica del siglo XIX y lo son igualmente varias de la misma acera de Valdespina, n.º 5 y 7, y la casa en lonja, de la que existe tradición de haber sido alhóndiga-casa del concejo, en la plazuela de Santiago n.º 1, respetando un viejo callejón medieval.

En el ámbito rural cabe señalar los caseríos Elorrieta Goikoa y Bekoa, en el barrio del mismo nombre, y la arnaga de Uretas. Los dos caseríos repiten un modelo muy poco usual en Bizkaia, con soportal lateralizado y acogido bajo un amplio arco de medio punto, que si en el primero es de dovelas bien labradas volteando sobre molduras de placa, en el segundo es de lajas.